polvareda levantada por los *ratones literarios*, ante la aclamación general y la celebridad que, volando mucho más allá de los Pirineos, difundía por Italia, Holanda é Inglaterra la fama de Feijóo? Y si alguno de sus contemporáneos ilustres, verbigracia Forner, le miraba de reojo ¿no pudo ser causa de ello el despecho de ver tan por las nubes el nombre del insigne polígrafo?

Hombres hay que nacen destinados á llenar con el ruido de su nombre un período histórico, en la ciencia, en las letras, en las artes. Sus contemporáneos les alzan sobre el pavés de la admiración; viene después la posteridad, coloca en la balanza de la crítica sus méritos, y los juzga y tasa según su criterio propio, según el camino que la humanidad lleva aprendido y andado desde que produjo á aquel hombre. Algunas veces el platillo de la inflexible balanza sube por los aires rápido y vacío, diciendo que las generaciones pasadas se equivocaron y que allí no queda más que la frágil cascarilla de la vanagloria. Otras, al contrario, el platillo desciende con lentitud y majestad, como indicando que el ilustre nombre que lo carga, es barra de oro puro, pesada y maciza. ¿Subiría ó bajaría el platillo donde arrojásemos hoy la gloria de Feijóo?

En una Historia de la literatura española, bastante reciente por señas, y además libro de texto, he leído que las obras de Feijóo perdieron gran parte de su mérito merced á los adelantos de las ciencias y de la crítica, y que hoy representan *un atraso intelectual*. Suelen escribirse estos libros de texto con una premura que obliga al autor á no leer los textos; de otro modo, me parece increíble que dejase correr bajo su nombre especie semejante el docto y meritísimo crítico don Manuel de la Revilla. Porque la atrocidad del *atraso intelectual* le había de saltar á los ojos del entendimiento, con poco que fijase los del cuerpo en escritos del pensador galaico. ¡Representar un atraso intelectual esas páginas en que tiembla el espíritu profético, en que bullen los presentimientos, en que la intuición se arroja tantas veces del lado allá de la razón! ¡Atraso intelectual, esos trataditos valerosos, que parecen ventanas abiertas sobre lo futuro!

Si tasamos el valor de un libro sin tener en cuenta la época en que fué escrito, toda clase de materia didáctica—y la verdad es de Perogrullo—representará un atraso intelectual, por pocos años que cuente de fecha. Miradas así las cosas, un ayudante de laboratorio sabe hoy más física que Newton, y el albeitar de mi aldea conoce secretos médicos y fisiológicos que ignoró el divino Vallés. Pero los hombres de capacidad extraordinaria, aun privados de datos que sólo acumula el curso del tiempo, la obra sucesiva

de las generaciones, se anticipan á la deducción racional que más adelante justificarán estos datos, y por la virtud de su mente se adelantan á las conquistas de los siglos venideros. ¿Qué filósofo contemporáneo podrá, en lo fundamental, arrinconar á Platón y Aristóteles? ¿No se citan todavía con respeto los aforismos hipocráticos? ¿No anunció Dante las novísimas leyes de la termodinámica? ¿No dejó consignados Rogerio Bacón muchos de los grandes inventos modernos, como los barcos de vapor y la pólvora? Y porque en las obras de Rogerio Bacón haya lo más que podía haber en el siglo XIII y no todo lo que poseemos en el XIX ¿se le ocurrirá á nadie que representen un atraso intelectual?

Donde escarba con su garra de águila el genio, marca un trazo profundo que nadie borra. Hay en el caudal científico de Feijóo mucho que era, para su tiempo, maravilloso adelanto, y hoy es verdad reconocida y forma parte del tesoro común. En algo erró,—no debe negarse,—porque escribía sobre innumerables materias, y no había de ser profundo en todas, máxime cuando se proponía atacar y echar abajo opiniones admitidas, no solo por el vulgo plebeyo é ignaro, sino por el vulgo docto; y en muchos puntos, atendido el carácter de *artículos de revista,* según diríamos hoy, de sus tratados, pagó tributo á la ligereza y á la premura. En una vasta Enciclo-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

pedia redactada por un hombre solo, no todo podía ser igualmente irrefragable.

Sin embargo, así en el modo de sentir y pensar, como en varias hipótesis científicas—la teoría eléctrica de los terremotos, por ejemplo, que ahora goza de tal favor—Feijóo se dejaba atrás á su siglo, poniéndose al nivel de la persona más culta de nuestros días. Recuérdese, por ejemplo, su compasión hacia los animales, y su discurso *Racionalidad de los brutos;* nótese como, en épocas de enmarañada diplomacia, en que todavía se consideraba resorte principal del arte de gobernar la mala fe, Feijóo (según advierte Vidart) se adelantó á Wáshington, enseñando contra Maquiavelo la política de la honradez y la lealtad en las relaciones internacionales, rumbo que hoy se va imponiendo á los Estados.

En medicina, los principios y métodos preconizados por Feijóo son los que actualmente se practican, sin quitar ni poner. En estética, sus aciertos deslumbran. En astronomía, no creo que exista alguien que más gallardamente ni con mejores razones—salvo las que suministran el análisis espectral y otros descubrimientos recientes—sostenga la brillante hipótesis de la pluralidad de mundos, que si no era nueva, era por lo menos muy peregrina, y sigue siéndolo. ¿Qué más? ¡Si hasta en la *anglolatría,* en la preferencia á la nación inglesa por creerla dotada de

mayor juicio y seriedad que las otras del mundo, es tan moderno y tan oxigenado el pensar del Padre Feijóo, que no parece sino que acaba de leerse todas las *Revistas* que hoy se publican en Bélgica, París y Londres!

Más veces que la acusación de representar un atraso intelectual, (pues ésta es del todo insólita) se ha dirigido á Feijóo la de haber pecado mortalmente contra la forma artística y el idioma patrio: Se le achaca que fué el primero á contaminar nuestra lengua con galicismos, y muchos censuran su estilo por *flojo,* que no le gastan ellos más *apretado,* y le hacen ascos por galicano, que pecan á cada instante contra la sintaxis castiza, según acertadamente observó en el hermoso prólogo de mi primer Estudio crítico sobre Feijóo el virtuoso sacerdote, dulce poeta y sábio escritor Saco y Arce, á cuya memoria acabáis de tributar merecidos honores. Para juzgar acertadamente el estilo de Feijóo hay que tener en cuenta varias circunstancias. Ante todo, que el Padre Maestro vino después de una época en que se había abusado tanto de las galas y del formalismo retórico, que la aspiración de un autor franco y espontáneo no podía ser otra sino escribir llana y eficazmente. Esto por lo que toca á la sintaxis. En cuanto á neologismos y voces de procedencia extranjera, importa recordar que Feijóo hablaba de materias desconocidas y de

ciencias que no se habían tratado sino en latín, y carecían de tecnicismo castellano. Al faltar al respeto al idioma, Feijóo lo enriquecía. Buena prueba de ello es que muchos de los vocablos que Mañer le censuró agriamente como galicismos y latinismos, corren hoy aceptados y usados por todo el mundo.

Es digno de apuntarse en la lista de *errores comunes* que gustaba de extirpar el buen Maestro, este de confundir la excelencia y virtud del estilo con su impecabilidad y corrección. Sostuvo Feijóo que la *elocuencia es naturaleza y no arte,* y en efecto, logró ser á trechos real y verdaderamente elocuente, sin artificio retórico alguno. Harto conocida es la frase con que definía su estilo propio: «tal como le veis, no le busqué yo, él se me vino.» Enhorabuena que no contemos á Feijóo en el número de nuestros modelos literarios, puesto que somos riquísimos en prosistas y debemos alardear de exigentes y delicados de gusto; conformes, en que sin salir del mismo siglo XVIII se encuentran otros autores menos desiguales, ó que por la diversa índole de sus trabajos construyen con más arte y atesoran un elemento léxico más puro; pero guardémonos de contar al Padre Maestro por escritor ramplón y pedestre, sin condiciones verdaderas, porque, (siguiendo la fundada opinión de Saco y Arce,) abundan en sus cartas y dis-

cursos páginas que no desdicen de lo más perfecto de nuestros clásicos. En el estilo firme y sentencioso, no sé yo que Feijóo tenga muchos superiores dentro del círculo de los que cultivaron el habla castellana. Y sobre todo, poseé el don inestimable de hacerse amar, de prender al lector y no soltarle nunca. Más correcto y esmerado es el Padre Isla, y se lee menos fácilmente hoy. Ahí está también para ejemplo el Padre Sarmiento: dirá las mismas cosas, tendrá las mismas ideas y la misma erudición de Feijóo; pero en él parece que el saber se amazacota y agruma, y las cláusulas pesan como plomo.

El galicismo era entonces fatalidad impuesta á los escritores didácticos, pues según el dicho de Bettinelli, la moda patrocinaba al idioma francés, quitando al castellano el dominio de Europa y borrando casi la memoria de aquellos tiempos en que hablaban lengua española todas las cortes y todas las gentes cultas de Italia y Francia. Á la fin y á la postre, la lengua que tenga una vida más literaria y universal acabará por dominar á las restantes y aun por inficionarlas. Podemos convenir en que Feijóo escribió á prisa, sin lima ni esmero, cuando mezclaba inconsideradamente giros afrancesados al habla española; pero en cuanto al derecho de neologismo y al verdadero carácter y atribuciones de los diccionarios, el discurso *Introducción de voces nuevas* parece trazado ayer por el más franco é insurgente de nuestros escritores, y recuerda aquellas diatrivas de Victor Hugo contra la distinción entre vocablos nobles y plebeyos, contra la aridez, sequedad, pobreza y clorosis á que llegó á reducir á los idiomas la afectación y pompa del falso clasicismo. Nunca el espíritu revolucionario de Feijóo en literatura se manifestó más claro y patente que en el Discurso á que me refiero. «Así»—decía—«aunque tengo por obras importantísimas los diccionarios, el fin que tal vez se proponen sus autores, de fijar el lenguaje, ni le juzgo útil ni asequible. No útil, porque es cerrar la puerta á muchas voces, cuyo uso nos puede convenir; no asequible, porque apenas hay escritor de pluma algo suelta, que se proponga contenerla dentro de los términos del Diccionario.» Condenado en tales términos el acotamiento del idioma, censura enérgicamente á los rígidos Aristarcos que quieren excluir del estilo serio las locuciones ó voces que, por haberlas introducido la gente baja, ó porque solo entre ella tienen frecuente uso, han contraído cierta especie de humildad y sordidez plebeya: los vulgarismos, en suma. ¡Cuánto tiempo hace que son defendidas por doctas plumas opiniones que aun hoy tienen el privilegio de escandalizar á los mismos tiesos y relamidos censores cuya raza no se ha extinguido,

ni se extinguirá aunque la estigmatice otro Feijóo!

No defiendo yo el atropello de la forma, antes creo que ha de ser cincelado, ó al menos de puras líneas, el vaso en que se sirve el licor de la verdad; pero entiendo que parte de esta vocinglería y alboroto que traen los que achacan á Feijóo defectos y desaliños de estilo, (siendo así que tiene vida propia y á trechos raras cualidades,) nace de que no se ha reparado en el verdadero carácter de los escritos de Feijóo. Eran principalmente, al menos en la intención de su autor, obra *útil*, no *recreativa*. No podían lucir los floreos y requilorios de las engalanadas prosas del siglo XVII. El Padre Sarmiento expresa las ideas de su maestro y amigo, cuando dice que no busca en los libros palabras, sino cosas, y agrega desdeñosamente, tratando del estilo limado, que es «tornear cláusulas» y no más.

Quien no vea el carácter social de la obra de Feijóo y la considere solaz literario ó desahogo de diletantismo científico, no puede juzgarla equitativamente. El deseo de fomentar la cultura, de ser útil, de hacer bien, de *reformar*, en una palabra, impulsa á Feijóo, y hay que añadir que ésta es una aspiración general en su época, aspiración que el gran benedictino recogió y formuló dándole voz persuasiva y sonora. Antes de que saliese el primer tomo del *Teatro crítico*,

en 1720, Martín Martínez emprendía la reforma de los estudios médicos en las universidades españolas, fomentando la anatomía y la cirugía. *Combatir errores y preocupaciones* viene á ser en el siglo XVIII un tópico, una muletilla, y no sólo de las obras serias, sino de las de amena literatura. La misma abundancia de la vena satírica en aquel siglo demuestra la exactitud de esta observación, pues la sátira y la fábula, los géneros poéticos más felices y ricos de la centuria decimaoctava, son ejemplares y no aspiran á realizar la belleza, sino á enseñar y corregir. Y el afán de adelantamiento y mejoras, desde las regiones intelectuales se comunica á las administrativas y políticas, determinando la corriente de ideas que produjo el *Informe sobre la ley agraria*, y nos trajo los estadistas admiradores de la Enciclopedia, y más tarde los afrancesados. No digo que siempre rodase clara y benéfica esta corriente, ni que al fertilizar algo no devastase mucho, ni que todo lo que se intentó de reformas en el terreno práctico sea canonizable; solo indico que el ansia de andar, de recobrar en poco tiempo lo perdido y lo atrasado, punzaba á toda la generación contemporánea de Feijóo, desviándola del puro goce estético, más egoísta y solitario, más propio de nuestro escepticismo actual que del candor entusiasta de entonces.

Á esta dirección utilitaria corresponde el prosaísmo que domina en Feijóo y en su época también. Fué aquél el siglo en que se acreditó el *error común,* que aún vive muy apolillado y rancio, de dividir la producción literaria en dos hemisferios, el de las *obras graves* y el de las *obras ligeras,* poniendo entre aquéllas las didácticas y didascálicas, y entre éstas la novela y la poesía. Sonaba, ó estaba próxima á sonar, la hora en que Cadalso, el tronera Cadalso, había de recelar componer versos, por parecerle tarea fútil; el instante en que Jovellanos, el primero que reveló en España tempranas intuiciones del romanticismo, había de estampar estas frases: «En medio de la inclinación que tengo á la poesía, siempre he mirado la parte lírica de ella como poco digna de un hombre serio, especialmente cuando no tiene más objeto que el amor» añadiendo á renglón seguido, como si le remordiese la conciencia: «Vivimos en un siglo en que la poesía está en descrédito, y en que se cree que hacer versos es una ocupación miserable..... Yo encuentro—añade después de otras reflexiones—la causa del descrédito de la poesía en el mal uso que hicieron de ella los poetas del siglo pasado.»

Gran cuita fué en efecto para la musa española caer en manos de los Góngoras, Vegas y Palavicinos, y sobre todo degradante espectáculo el de la plaga de poetas chirles y ebenes, polilla literaria fomentada por la especie de venalidad de las dedicatorias y la protección de magnates y monarcas; pero quien estuviese medianamente versado en los clásicos y en las letras profanas, no tenía derecho para desconocer así la dignidad y alteza de la poesía, si además del envilecimiento de la rima no hubiese otra razón más grave para este desdén. Bastante habían trinado los ruiseñores, bastante habían delirado Talía y Melpomene por boca de los dramaturgos; ahora no se trataba de endechas y ovillejos, sino de volver por las fuerzas y la salud de la nación, que distraída en cantar, á semejanza de la cigarra, ni había hecho provisiones para el invierno, ni casi se tenía en pie.

No llegaba Feijóo al extremo de decir, como Sarmiento, que «siempre había mirado con indiferencia todo género de poesía,»—confesión más picante y curiosa por andar estampada al frente de unas *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles;*—pero era incapaz el Padre Maestro, según acertadamente observa Menéndez Pelayo, de sentir la poesía con su propio y peculiar hechizo, ni aun de estimarla bien: de ahí su error al poner á Lucano por encima de Virgilio. De Feijóo puede decirse, lo que Lista de Forner, que «tenía el ingenio más apto para comprender las verdades que las be-

llezas.» Acaso pensaría como Capmany, el defensor de la elocuencia española, que la poesía es un lujo y no una necesidad, idea que le movió á componer su *Teatro histórico crítico* para vindicar á España de la nota de haber tenido buenos poetas y no tan grandes prosistas, (lo cual, dicho sea entre paréntesis, es lo contrario de lo que hoy creemos, respecto á la lírica sobre todo.)

Sí, el prosaísmo es la nota característica de aquél hombre y de aquél siglo, y en el siglo resalta tanto más, cuanto más poéticos, de capa y espada, lances de amor, cuchilladas y epopeyas caballerescas habían sido los anteriores. No llegó á faltar quien rimase, porque este sería caso imposible, á lo que creo, en España; y hasta el mismo Feijóo, en algún ratillo de ocio, hiló sus correspondientes romances y décimas, notables por la carencia de fuego sagrado, por la claridad pedestre del concepto, por algo que dentro de la rima sigue siendo prosa y nada más. Dominaba en ellas ese culto del estilo llano y ese utilitarismo que, según dice bellamente el autor de *La Ciencia española*, flotaban en la atmósfera como natural reacción contra el culteranismo, y se levantaban de la ruina de un ideal poético no sustituído aun por otro ideal engendrador de poesía. El mérito de los versos en el siglo XVIII llegó á consistir en estar escritos en

lenguaje preciso y exacto, como los tratados de ciencias. Así oficiaba Feijóo en el altar de las musas. Sus versos son en general de lo más endeble y lánguido, si se exceptúan las décimas *Á la conciencia*, donde ostenta cierta elevación cuando exclama, dirigiéndose al reloj del espíritu:

Noche y día, sin parar,
tu agitación misteriosa
un momento no reposa
ni me deja reposar.
¿Cómo no he de reparar
tu continua pulsación?
¡Oh, cómo á la distracción
lugar alguno le queda,
si los dientes de tu rueda
me muerden el corazón!

No era dable que entónces se presintiese siquiera en España la vaguedad melodiosa, la vibración interna y continua, la música extraña, la fuerza sugestiva de la lírica moderna, que en aquel mismo siglo había de nacer en Alemania destacándose de entre las nieblas de la Edad media, evocada cual la ondina de las leyendas que surge de las brumas del lago. ¡Y cuán gloriosa resurrección le estaba reservada á la hija del cielo, refugio del alma humana al oprimirla su más noble afán, el de lo infinito! ¡Qué bien se explican, recordando la sequedad de la pasada centuria, todos los desvaríos del romanticismo, todas las embriagueces de la juventud al

acercar de nuevo los labios á la copa donde se encierra el filtro mágico!

Con ser refractario á la poesía rimada, no era Feijóo un entendimiento rigurosamente prosaico en todo, ni carecía de la chispa de fuego oculto bajo la ceniza que poseen las gentes de esta tierra. Cuánto más despacio le leo, más me persuado de que no le faltaba imaginación, ni aun cierta tendencia á lo que hoy se llama *ensueño*. Sólo que la esfera en que soñaba era la científica. La ciencia ejercía sobre Feijóo esa fascinación que suele ejercer en épocas y naciones atrasadas, donde se atribuye al estudio y conocimiento de los fenómenos naturales un alcance que no tiene en realidad. Por esta esperanza sin límites, por esta especie de romanticismo científico, la fantasía de Feijóo llegaba á exaltarse, y rayaba en crédulo y novelero—él, el encarnizado perseguidor de supersticiones, milagrerías y patrañas—dando asenso, verbigracia, á la fábula del anfibio de Liérganes, ó del peje Nicolao, al hallazgo de una criatura humana en el vientre de una cabra, y á otras consejas del mismo jaez. Por eso las hipótesis extrañas y magníficas, como la habitabilidad de los astros, tenían en él elocuentísimo defensor. Algo de aquella calentura imaginativa que dictó las entretenidas y singulares páginas del *Ente dilucidado*, ardía, aunque templada por una razón serena y un buen sentido admirable, en el

cerebro del autor del *Teatro crítico*. ¡Cuánto distaba de la fogosa credulidad del Padre Feijóo el escepticismo místico del Padre Isla, aquél que «se descalzaba de risa» al afirmar que todos los filósofos eran unos, algarabía más, ó algarabía menos; que, excepto tal cual fruslería de poca monta, tan en ayunas se estaba el mundo de las verdaderas causas de casi todos los efectos de la naturaleza con la física de Descartes, Newton y Gasendo, como con la de Aristóteles; y que para él tan inconcebibles eran los torbellinos ó turbillones ó materia etérea del primero, como la materia primera y formas sustanciales del último, protestando que ni con ésta ni con aquélla veía gota!

Más todavía que la plasticidad de la imaginación, debe admirarse en Feijóo que siendo incapaz de sentir el deleite poético, hubiese adivinado y dicho claramente lo que faltaba á los áridos poetas del siglo décimooctavo, condenando la fría regularidad de la escuela francesa y encareciendo el rapto de la mente, el *furor*, como alma y esencia de la poesía. Y conviene mucho advertirlo, á fin de no equivocarse respecto al oficio que Feijóo desempeña en la historia de nuestro movimiento literario, tomándole por un traductor de ideas traspirenaicas. Contra el gusto francés y las reglas de Boileau aclimatadas definitivamente entre nosotros bajo

Carlos III; contra el clasicismo italiano de Luzán, se alza la libertad estética proclamada por Feijóo, mantenedor de nuestra tradición de independencia y hasta de insurrección permanente. La batalla entre nuestra espontaneidad invencible y el ideal de orden, corrección y disciplina de nuestros vecinos, ensordece con su fragor todo el siglo XVIII, y á la cabeza de los dos bandos se colocan el benedictino gallego y el caballero aragonés, Feijóo y Luzán.

Así lo afirma el insigne historiador tantas veces citado y en cuya firme diestra no me canso de apoyarme. Hablando de las teorías estéticas del jesuíta Losada, prorrumpe en cláusulas que no puedo menos de robarle y engarzarlas aquí: «El ánimo descansa al pasar de estas disquisiciones tan ingeniosas, pero tan baldías, á la esfera de luz y de libertad filosófica en que tan bizarramente se mueve el poderoso y analizador entendimiento del Padre Feijóo, varón en quien la Providencia quiso juntar las más variadas aptitudes, el celo propagandista más fervoroso, y la más inextinguible sed de ciencia y doctrina, para que fuese luz y oráculo de su siglo, y acabara de romper de todo punto la barrera de incomunicación que la intolerancia escolástica había ido levantando entre la ciencia, cada día más petrificada, de nuestras aulas, y la ciencia extranjera..... Á pesar del atraso de los

estudios estéticos en su tiempo, atraso bien confirmado por los libros del Padre André y Crousaz, únicos que entonces salían de Francia y de Alemania, el Padre Feijóo, nacido y educado en medio del peor gusto literario que en edad alguna ha caído sobre la Península ibérica, y privado durante toda su vida de ver y apreciar las obras maestras de las artes plásticas, acertó sin embargo á levantarse sobre este cúmulo de dificultades, perversiones é ignorancias, hasta entrever ciertos principios generales de libertad artística, tan luminosos y tan amplios, de tan eterna verdad y evidencia, que por sí solos podrían ser hoy mismo base de una crítica, que, concediendo toda racional libertad al genio, se apartase por igual del nimio y enteco rigor de los preceptistas y de las libertades frías y sin gracia que suelen permitirse espíritus adocenados.»

Ya es cosa averiguada que aquellos dos discursos que Feijóo escribió como jugando, *La razón del gusto* y *El no se qué*, tienen más miga y valen más ante la estética moderna que todas las *Poéticas* y *Retóricas* de un siglo en ellas tan fecundo. De *El no se qué* afirma Menéndez que fué un verdadero manifiesto romántico, si no hemos de considerarle retoño de las libres doctrinas contenidas en nuestra tradición. Y será ambas cosas á la vez; porque la explosión del romanticismo español, señaladamente en el dra-

ma y en la poesía de carácter épico, romances y leyendas, tiene tanto de tradicional como de revolucionaria, cumpliéndose en ella la hermosa sentencia de Víctor Hugo: «Toda idea humana ó divina que toma por raíz el pasado, brota por follaje el porvenir.» El genio posee la rara virtud de evocar el ayer dando vida á lo futuro: la luz de la aurora alumbra las cimas antes de descender á los valles. ¿Quién es capaz de averiguar si, al trazar los renglones de su profesión de libertad estética, la más amplia y solemne del siglo XVIII, anterior treinta años á los mayores arrojos del precursor Diderot, aquellas páginas que debieran estamparse con letras de oro, Feijóo recordaba ó presentía?

Aunque menos apto para sentir bellezas que para comprender verdades, Feijóo experimentaba honda y dulcemente el deleite de la música, que tanto influjo ejerció en el alma contemplativa de Fray Luis de León, y que parece hecho para los pensadores, como representación apacible del concierto de lo creado y la armonía de las esferas. Y fiel á su sino de ilustrar cuanto tocaba, al tratar de la *Música de los templos*, Feijóo enseñó á los del oficio lo que no sospechaban siquiera, y lo que, como era de temer, no agradecieron que les dijese, porque la vanidad profesional erige en sacerdocio la rutina. Tuvo Feijóo en semejante ocasión que arros-

trar una cruzada de organistas y maestros de capilla, no siendo aquella página, calificada de la más brillante que en crítica musical produjo la primera mitad del siglo XVIII, la que menos impugnaciones provocó.

Si grandes fueron los servicios de Feijóo en estética, en filosofía son tan importantes, que puede decirse que borrado su nombre de los anales del siglo XVIII, retrocederá la marea del pensamiento como si le hubiesen puesto un dique. Con razón se asombra un discreto escritor, Luis Vidart, cuyo nombre cité ya dos veces porque le cabe la honra de haber reclamado hace más de veinte años plaza al sol para la filosofía española, arrinconada por la ignorancia y la ligereza, de que en un libro traducido al castellano y que anda en manos de todos, se niegue á las obras de Feijóo el concepto de filosóficas, por la razón verdaderamente chusca de que un *fraile filósofo* y en el reinado de Felipe V, cuando todavía se quemaba á los judíos y á los herejes, sería un prodigio demasiado grande. ¡Que así han sido juzgadas las cosas de nuestra nación, y con tan grotesco desenfado y risible candidez se pregonan garrafales despropósitos, errores que no alcanza á extirpar Feijóo alguno y que aun logran séquito entre la chusma intelectual!

Nada menos que dos siglos antes de Feijóo, en plena época de frailes, había sido iniciada en

España la reforma de los estudios y el método crítico por el preclaro pensador y polígrafo Luis Vives, en sus tratados *De corruptione artium et scientiarum* y *De tradendis disciplinis*. Enfadaban al ilustre valenciano las fórmulas hueras de las escuelas y el ciego asentimiento al principio de autoridad, y encendiendo la luz que luego había de avivar Bacón de Verulamio, señaló por bases del método racional para el cultivo de las ciencias la experiencia y la inducción, trazando rumbo á la renovación completa de los estudios científicos. Y, á mediados del siglo XVI, su discípulo el médico de Medina del Campo, á quien desearíamos poder llamar paisano nuestro, formuló el célebre entimema en que se funda el subjetivismo cartesiano, y se adelantó al psicologismo de la escuela escocesa. Ninguna de las grandes direcciones de la nueva filosofía y de los métodos modernos era pues desconocida en España; solamente que Vives y Gómez Pereira habían escrito en latín, y sus enseñanzas, aunque seguida la de Vives por discípulos del calibre de Foxo Morcillo y el divino Vallés, no habían pasado de la esfera de la gente docta. En esto como en todo, correspondíale á Feijóo el papel utilísimo de descubrir y divulgar lo que existía latente en la ciencia española, de empalmar la tradición con la transformación, y de desestancar lo que hasta entonces era patrimonio de algunas inteligencias privilegiadas, haciendo que el tesoro rodase y corriese de mano en mano, con provecho general. Para lograr este fin, poseía el benedictino la excelente cualidad de ser un entendimiento independiente, curioso y nunca satisfecho, un investigador más que un dogmatizante; de no haberse atado al carro de un filósofo ni de un sistema; de proponer á su época muchas ideas y principios que él no admitía ni aceptaba enteramente, pero que eran gérmenes fecundos, de esos que fructifican en las inteligencias cuando una mano firme los va sembrando. Si alguna dirección preferente seguía Feijóo, fué el *baconismo;* gustábale aquel sabor de rectitud y evidencia del método experimental, sin extenderlo hasta donde no alcanza ó sea hasta las las realidades metafísicas; y su espíritu claro y concreto anunciaba el positivismo que, ortodoxo ó heterodoxo, ha venido á ser la más cauta y sólida de las filosofías modernas. Con todo, no se sujetó ciegamente á Bacón, aunque tanto le admiraba; y sin abrazar resueltamente el atomismo ni la física corpuscular, ni el idealismo subjetivo, ni, en suma, enagenar aquella independencia que amaba con amor entrañable, pensó libremente y fué lo que más se necesitaba entonces: no un filósofo de sistema cerrado, sino un crítico expositor.

No quiero pararme mucho en la campaña de